

Periodismo de ayer y hoy

IRMA LOMBARDO

El escritor de antaño escribía por las noches, a la luz de una vela y sobre pequeñas mesas de madera.

Sostenía entre sus dedos el mango de hueso con plumi-lla de acero y la entintaba una y otra vez. Redactaba numerosas cuartillas con el ánimo de convencer, ideologizar, motivar a la acción política.

Era su deber respetar la forma y el estilo del diario en que trabajaba. Seleccionaba temas importantes, trascendentes para la vida pública, porque militaba en las filas del periodismo de opinión.

Buscaba la frase adecuada, hacía gala de sus conocimientos, profundizaba en los asuntos y hacía patentes los pros y contras de cierta decisión oficial, porque se sabía mediador entre pueblo y gobierno; se esforzaba por realizar un balance en beneficio de las mayorías.

Ocupaba una curul en el Congreso y esto le permitía tener claridad en el tema que exponía. Concluía su texto, caminaba algunas calles y llegaba a una vieja casona en donde estaban las oficinas de la redacción. Saludaba a algunos compañeros y hacía comentarios sobre los sucesos del día. Entregaba su colaboración. El cuerpo editorial discutiría sobre la conveniencia de su escrito.

Es fin del siglo XIX: un joven nervioso, con libreta de apuntes y estilográfica en el bolsillo del saco, cruza las calles montado en su bicicleta, cuidando que no lo atropelle algún automóvil.

Busca información en fuentes estables como las del Palacio de Justicia, la Tesorería, el Gobierno del Distrito Federal y, por supuesto, la botica del señor Llamas.

El periodista observa, "olfatea", detecta hechos de interés. Localiza y entrevista a personas que le proporcionan

datos, detalles, minucias. Salta de júbilo al tener una buena nota.

Recorre la ciudad hasta llegar a las oficinas de su periódico. La sala de redacción se encuentra perfectamente alumbrada y hay bastante ajeteo porque está cercano el cierre de la edición. El *reporter* golpetea las teclas de la máquina de escribir, contesta los teléfonos, echa un ojo a los cablegramas nacionales e internacionales, solicita un grabado porque tiene la seguridad de que su material, relacionado con el asesinato de la señorita Pérez, estará en primera plana; es una información sensacional. El trabajo quedará listo en una hora.

En efecto, su texto se presenta con grandes titulares, ocupa la primera plana del periódico, se venden más de treinta mil ejemplares, cada uno al precio de un centavo. La noticia atrajo multitudes.

Décadas más tarde, el egresado de licenciatura en ciencias de la comunicación conoce su tarea, tiene su fuente asignada. Se comunica por su celular con el jefe de información y recibe órdenes de trabajo.

Por la tarde acudirá a la rueda de prensa que ofrecerá el secretario de Gobernación. Allí quedó de verse con el reportero gráfico. Prepara su equipo: grabadora, agenda electrónica, computadora personal, teléfono celular, radiocalizador.

Ocupa horas en trasladarse en metro, pasando de una línea a otra. Después hay que esperar. Por fin, entre empujones y golpes de micrófono en la cabeza, consigue la información. Visita un café cercano y hace una síntesis de las declaraciones del funcionario. Da contexto a la información. Escribe la nota en su *lap top* y la envía por correo elec-

trónico a la red del periódico. Miles de lectores atenderán la nota, sobre todo si se coloca en el denominado ciberespacio. Sigue su camino para recoger boletines de prensa y cubrir otros eventos que competen a su fuente.

Lo anterior nos refiere una suma de experiencias, conocimientos, habilidades y avances tecnológicos propios del periodismo impreso en México. Todo ello le augura un futuro interesante, pese a la competencia con otras especialidades informativas.

El periodismo es una actividad de interés público y su esencia es la información. Tiene por tareas la planeación, obtención, organización, producción y difusión de noticias en periódicos y revistas, principalmente.

Las publicaciones periódicas permiten conocer los progresos y las transformaciones registradas en algunas de las tareas antes señaladas, en el transcurso de los siglos XVIII, XIX y XX. Nos ocuparemos de varios aspectos de los dos últimos periodos.

El Siglo de Oro de la prensa mexicana aporta al denominado periodismo actual el privilegio de la palabra y su sentido político. Se ocupa de construir un espacio legal que permita su ejercicio público. A esta defensa irrestricta, plasmada en la Constitución del 24, siguen numerosos decretos y medidas legales que coartan la puesta en práctica del principio constitucional. De allí que un buen número de periodistas y periódicos luchen por una labor sin trabas, que imponga límites a la autoridad y exprese el sentir popular.

Prueba de lo anterior es la variedad de materiales periodísticos. Destacan entre otros el primer cotidiano de la Nueva España a escasos cinco años de iniciado el siglo. Desde aquí los diarios están presentes. Evidencian y estimulan la necesidad informativa de los ciudadanos.

Cada gobierno contó con un diario oficial en donde se difundían decretos y documentos del régimen, una sección de opinión y una síntesis de lo publicado en otros títulos. Sin embargo, hacia la sexta década decimonónica, se define su carácter informativo y queda tal como se conoce hasta nuestros días.

El movimiento insurgente defendió la libertad de expresión e impulsó el periodismo crítico y de oposición. Más adelante, los denominados periódicos de información general se inclinaron al tratamiento del acontecer político y asumieron regularmente la defensa de posiciones; de allí su tendencia federalista, centralista, liberal, conservadora, monarquista y oficialista, entre otras.

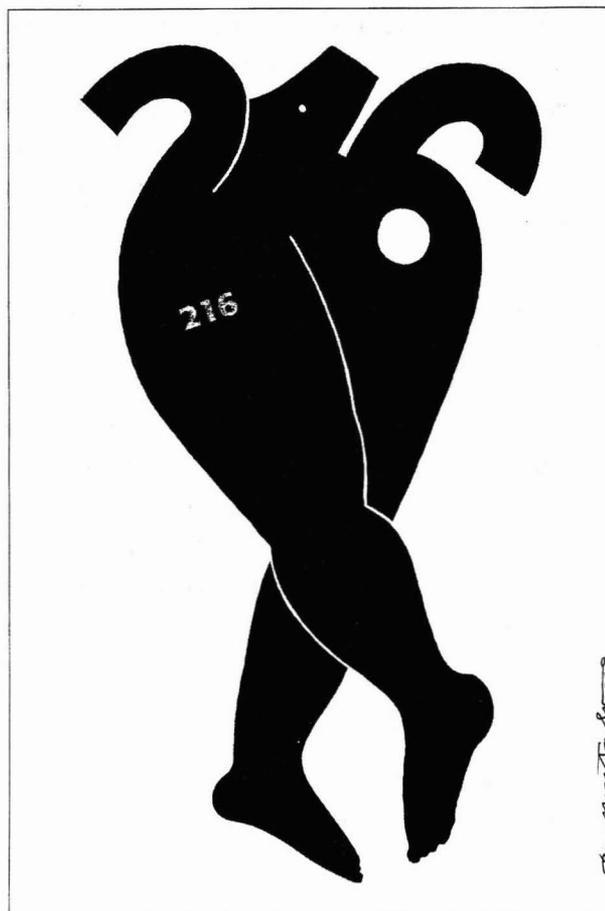
Hubo un importante desarrollo de las publicaciones especializadas. Lo mismo circularon las difusoras de manifes-

taciones artísticas y del avance científico, como las encaminadas a propagar la enseñanza y los métodos pedagógicos; se destinaban a las mujeres, a la literatura y a las actividades productivas, así como a la industria y el comercio, la agricultura y la ganadería; o bien se dirigían a los obreros, a divulgar las creencias religiosas o a satirizar a personajes públicos mediante caricaturas. En su mayor parte, exhibían ilustraciones excelentes: viñetas, grabados y litografías.

Consecuencia de este impulso informativo es la regularización de la apariencia física y el contenido de los periódicos. En el siglo XIX se observa cómo, paulatinamente, se incorporan los cabecales con datos precisos que figuran hasta la fecha: título, subtítulo, lema, epígrafe, nombre del director, tomo, número y fecha de aparición.

De los iniciales formatos de un cuarto de plana se llega a la media plana, al tabloide y al tamaño estándar. La información se distribuye en texto corrido, sin diferenciarse del libro, y, más adelante, en dos, cinco y hasta siete columnas. Originalmente los diarios se imprimen en cuatro páginas y tiempo después ese número es superado.

Los apartados informativos o secciones del periódico evolucionan: el reacomodo y la variedad son una constante. Algunos tratan un solo tema en varias de sus páginas.



De la tercera y cuarta década en adelante se establecen con regularidad las secciones oficial y no oficial, exterior, interior, remitidos, variedades y avisos, o bien las de política, de literatura, de mercado y de actividad científica.

Un valioso aporte al periodismo es la incorporación de géneros informativos y de opinión, a grado tal que, en ocasiones, las secciones asumen un nombre distintivo de acuerdo con ello; por ejemplo: editorial, crónica parlamentaria, revista de teatros, crónica de la capital, crónica extranjera, artículo de costumbres, etcétera.

Con la finalidad de atraer público e imprimir amenidad a la lectura, el ordenamiento del contenido adquirió relevancia y los periodistas recurrieron a las diversas estructuras informativas. El editorial, el artículo de opinión y la caricatura política, entre los rubros de opinión, fueron de los más socorridos. Entre los informativos, se acostumbró la crónica, la entrevista, la nota informativa y el reportaje.

La razón política define el uso de una u otra estructura informativa. El impulso de la opinión fue obra de la ideología democrático-liberal, cuyo sustento se encuentra en la opinión pública. Los géneros informativos, por su parte, responden a la cerrazón y al autoritarismo, pues se coarta la crítica y el análisis. Hacia el porfiriato, el periodismo prefiere el sensacionalismo y el amarillismo por encima de la reflexión.

Por supuesto, el creciente alcance de la práctica informativa depende de que la circulación y la distribución de las publicaciones se regularice. En el siglo XIX se impulsaron mecanismos de suscripción y entrega de ejemplares, ya fuera mediante locales de venta, reparto a domicilio, voceo en la vía pública o bien envíos por correo, vía marítima o ferrocarril.

Lo anterior lleva a plantear la construcción de modelos de empresa. Ciertamente, los inicios de la etapa decimonónica refieren una actividad individual sujeta a restricciones. Los particulares exponían sus propios recursos para materiales y servicios de apoyo. Solicitaban permiso a las autoridades virreinales, explicando los motivos para editar un periódico y el contenido que difundirían en él.

Quienes se dedicaban al periodismo eran editores, pues financiaban la publicación; fungían como directores al elegir y seleccionar la información y, además, redactarla. Contrataban los servicios de un impresor, recogían los pliegos y los enviaban a los lugares de venta. Pueden verse las divisiones del quehacer en esta producción de corte artesanal.

El movimiento independentista originó los primeros periódicos políticos, de polémica y de oposición al régimen, y este hecho dio lugar a una actividad grupal y de carácter clandestino.

Los recursos provenían de simpatizantes de la causa. Hubo prensas portátiles de madera, letras del mismo material fabricadas a mano y tinta producida mediante la mezcla de aceite y añil. Asimismo, numerosas personas obtenían y hacían llegar las noticias importantes para el movimiento y llevaban a cabo la distribución de ejemplares de los diarios a pesar de las medidas represivas que pretendían impedirlos. La contienda política unificó la dirección-redacción-impresión en el campo de batalla, entre el fuego de los cañones.

Más adelante, surgen talleres de impresión dirigidos por empresarios con marcadas posiciones políticas y un claro afán comercial. Suman las publicaciones periódicas a sus tareas cotidianas de impresión de libros, folletos y devocionarios. El periodismo se va diferenciando hasta convertirse en una compleja división de actividades, supervisadas por el propietario y dirigente de la publicación.

Como hasta nuestros días, se requería capital para contar con el local de administración, abastecer de papel, adquirir prensas manuales, cilindros, rotativas y material litográfico, montar los salones de talleres, pagar salarios y contribuciones. En un buen número de casos el resultado era el prestigio social, la influencia, las relaciones de poder, el dinero. Esto implicaba compromisos y fidelidades con los gobiernos en turno o, por el contrario, oposición y crítica a ellos.

Los periodistas obtuvieron un salario por su labor, siempre insuficiente para vivir bien. Hubo quienes optaron por vender su pluma al mejor postor y se convirtieron en mercenarios de la prensa. Aceptaron prebendas a cambio del servilismo. Otros prefirieron un camino de carencias y plantearon la necesidad de una ética periodística en donde la verdad y la justicia fueran el arma principal. Sostenían que la defensa de las ideas hacía necesaria la independencia y por ello los partidos políticos debían ser los responsables del financiamiento de los periódicos. Lo anterior permitía ejercer una labor sin ocultamientos, sin engaños. Los adeptos de la ideología liberal fijaron la normatividad de la prensa protegiendo la libertad de pensamiento y libre manifestación de las ideas.

Vino la prensa de masas que, a cambio de información sensacionalista, ofreció buenos salarios y dejó a un lado los principios. En el porfiriato se incrementó la publicidad y empezó a rendir buenos dividendos.

El movimiento revolucionario aumentó la demanda informativa y la especialización se acentuó: corresponsales de guerra, enviados especiales y el telégrafo con su incesante *tic-tac* transmitían pormenores sobre las batallas entre las partes contendientes y daban a conocer entrevistas realizadas con los caudillos. Periodistas y reporteros recobra-



ron su prestigio porque arriesgaban el pellejo con tal de mantener informado a su público lector.

En las primeras décadas del siglo xx, hay un reacomodo: nueva reglamentación que incorpora buena parte de los postulados iniciales sobre libertad de prensa y una ley de imprenta que recuerda los límites de esa libertad.

Los periódicos van perfilando sus secciones informativas y de opinión y, al cabo del tiempo, todo se convierte en noticia. Ésta es una de las principales diferencias entre el periodismo de los siglos xix y xx. La noticia es lo distintivo del actual. La búsqueda de la noticia llevó a pulir los relatos de los reporteros y a dar a la nota informativa el sello distintivo de la imparcialidad. El reportero tuvo que investigar, entrevistar y localizar el lado trascendente de la información. En pos de la noticia, afrontó peligros, venció obstáculos, expuso su vida y hasta fue capaz de mentir y engañar.

Si bien al cabo del tiempo los departamentos y después las oficinas de prensa han limitado la investigación reporterial, es innegable que, hasta la fecha, los lectores y los medios de comunicación competidores reaccionan inmediatamente por aquello que se denomina noticia.

Por otra parte, el periodismo actual ha evolucionado en cuanto a variantes en los formatos y la presentación de sus

informes. La columna, el reportaje de investigación, el fotoreportaje, el cartón político y demás variantes de expresión gráfica son algunas muestras de la variedad informativa.

La especialización en la prensa hace circular contenidos financieros y deportivos. Hay páginas y suplementos especiales dedicados a temas diversos. Destacan los suplementos culturales en donde colaboran literatos de valía o iniciados, quienes socializan sus conocimientos, brindan primicias de sus obras y esclarecen sucesos actuales.

Los temas de interés general, originados por el desarrollo social, generan material especializado: los derechos humanos, la ecología, el trabajo científico, la problemática femenina, la educación infantil.

Pienso que ésta es una de las vertientes que deberá cultivar el periodismo del futuro: grupos con intereses concretos dispuestos a informarse y reflexionar sobre asuntos particulares. Pueden ser áreas de trabajo, lo mismo que asuntos de interés para grupos comunitarios.

Hoy, como ayer, para algunos el periodismo es una empresa rentable y para otros un medio de denuncia, de cuestionamiento y crítica. Por eso, las tendencias, las posturas ideológicas propias de distintos periodos, o si se quiere sexenios, han contado con exponentes varios.

Un número indeterminado de periódicos y revistas dan a conocer la importancia de la corriente socialista y el comunismo, y sus ediciones marginales y hasta clandestinas dan cuenta del movimiento obrero y de sus grandes luchas y movilizaciones públicas; otros se refieren a los distintos partidos políticos; otros más son de corte fascista, conservador o de derecha, amén de las publicaciones apoyadas por los regímenes en turno, que en opinión de especialistas constituyen una de las modalidades de la prensa actual.

Así, buena parte de los periódicos que hoy circulan deben su inicio al apoyo de autoridades y funcionarios públicos. Desde su origen se mediatiza su función política al establecerse un amasiato entre prensa y poder. Otros, por fortuna, han nacido auspiciados por la sociedad civil o por periodistas que enarbolan principios de independencia y libertad. Su profesionalismo es indiscutible.

Hoy, un enorme aparato burocrático actúa como embudo y limita la difusión de la información: los departamentos de comunicación social, las oficinas de prensa y sus boletines, las comisiones por publicidad y la publicidad misma, las prebendas de todo tipo. Se ha impuesto la información institucionalizada por encima del periodismo libre. Es claro que una nueva alternativa la presenta el denominado periodismo electrónico. ◆